

BETTINA BELITZ

# Conjuro de Luna



*Conjuro de luna*



BETTINA BELITZ

# Conjuro de Luna

Traducción  
Carmen Bas Álvarez

ANAYA

Título original: *Scherbenmond*

1.ª edición: mayo 2014

© Bettina Belitz, 2011  
© Script5 (Loewe Verlag GmbH, Bindlach), 2011  
© De la traducción: Carmen Bas Álvarez, 2014  
© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2014  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta: Maria-Franziska Löhr

ISBN: 978-84-678-6117-4  
Depósito legal: M. 7314/2014  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



## Índice



### 11 Prólogo

#### ACEDIA

- 15 Presentimientos
- 23 Investigación
- 33 Equipo de supervivencia
- 39 Cambios de temperatura
- 47 Rumbo al norte
- 55 Discrepancias
- 61 *Ratatouille*
- 71 Diálogo en la oscuridad
- 79 Piruetas
- 87 Buceo en apnea
- 93 Platos rotos
- 101 El hombre de arena

#### SUPERBIA

- 117 Grito de socorro
- 127 Mujer entre escombros
- 139 Marea viva
- 149 SOS
- 159 *Flashback*
- 163 Melancolía
- 169 Catarsis

- 177 Pavor nocturnus
- 187 Vacaciones en casa
- 197 Conversación madre-hija
- 203 Encuentro nocturno

## GULA

- 213 Noticias de C.
- 221 Insomnia
- 227 Sin aliento
- 237 La esperanza frustrada
- 247 Un mínimo consuelo
- 253 Primeros planos
- 265 La danza del sol
- 273 Tareas domésticas
- 279 La cena perfecta
- 291 Cine negro
- 301 Noche de chicas
- 313 Terapia de confrontación
- 319 Verborrea
- 327 Un poco de charla
- 335 Salva mea
- 343 La pequeña muerte
- 353 Paseo en solitario
- 367 Decisión visceral

## IRA

- 385 Kárate Kid
- 391 El camino del samurái
- 399 Las cinco virtudes
- 405 La tercera noche
- 415 Charla entre adultos
- 425 *Ocean's two*
- 443 La tabla de multiplicar ética
- 453 Completamente sola
- 461 Problemas de ritmo
- 475 La doble cara

- 497** Día X
- 505** Danza macabra
- 519** Fibrilación ventricular
- 529** Batalla de agua
- 537** *Crash Test Dummy*
- 551** Guarida de lobos
- 573** Restos devueltos por el mar





*A S. J., Primus inter Pares*

*Porque el libro debe ser el hacha para  
el mar helado de nuestro interior.*

Franz Kafka





## Prólogo

**Y** O SOY COMO EL MAR.  
Me alzaré por encima de ti y te envolveré por todas partes.  
Solo debo esperar el momento adecuado y luego hacerlo,  
cuando estén rotos los puentes que tú antes cruzabas tan segura.  
Verás en mí tu salvación, le agradecerás al destino mi llegada.  
Estarás a mi disposición cuando te necesite, y será con frecuencia,  
tanto que creerás no poder existir ya sin mí. Porque yo te alimento.  
Te veré antes de que tú me veas a mí.  
Ven conmigo al mundo del agua. Aquí no hay nadie más, solo nosotros. Estaremos muy unidos.  
Y ni siquiera en tus sueños más profundos te soltaré.





# Acedia







## Presentimientos

**-E** STA VEZ ES diferente. Aunque hacía horas que estaba despierta y había oído cada paso de mamá y llevaba tiempo esperando esa frase, el horror me caló hasta los huesos. Mi corazón se aceleró en un segundo y un repentino malestar se adueñó de mi estómago. Había imaginado estrategias para cuando llegara este momento, había pensado buenos argumentos, había ensayado expresiones convincentes. Pero vivirlo no era lo mismo que imaginarlo.

Seguí tumbada, sin moverme, con los ojos cerrados. Papá se había ido. Había desaparecido. Durante demasiado tiempo. Un par de semanas..., bueno, siempre era lo mismo. Pero no habíamos recibido noticias suyas desde Nochevieja. Lo único que sabíamos era el último sitio donde se había alojado. Roma. Supuestamente Roma.

Roma sonaba inofensiva. Pero la situación no era inofensiva. Pues desde Roma papá quería ir al sur del país para «averiguar ciertas cosas». En el sur vivía Tessa. Y Tessa era todo lo contrario a inofensiva.

Pero hasta aquella noche de tormenta ninguna de nosotras se había atrevido a decirlo. En los días posteriores al último telegrama de papá yo pensé hacerlo, pero luego desistí. ¿De qué servía hablar de ello? De nada. No podíamos localizarlo. Que mamá rompiera su silencio me pareció como si rompiera un acuerdo secreto. Fue casi como una traición.



—Ellie, sé que no estás dormida.

Irritada, me incorporé.

—¡Maldita sea, mamá, las dos lo sabemos! Ya ha desaparecido más veces. Y siempre vuelve cuando menos lo esperamos, ¿no?

El viento hizo sonar las persianas y una fuerte ráfaga azotó el tejado. Justo encima de mi cama se oyeron golpes en la madera. El cable del teléfono golpeó la chimenea con un sonido metálico.

De forma automática, las dos alzamos la vista y observamos el techo. Mamá soltó un apagado suspiro.

—Puede que antes fuera así. Pero es la primera vez que desaparece durante tanto tiempo desde...

—¡Cállate, por favor! —la interrumpí, y corrí hacia la ventana y me quedé mirando la oscura noche de febrero.

—Ellie, deberíamos...

—¡No! —Me tapé brevemente los oídos con las manos antes de darme cuenta de lo infantil y estúpido que debía de resultar mi gesto—. No quiero ni oír hablar de eso —añadí con algo más de suavidad, pero evitando mirar a mamá. Podía sentir su mirada interrogante, indecisa, y no podría soportarla.

Temía lo que pudiera decir.

«Es la primera vez que desaparece durante tanto tiempo desde...». ¿Desde qué? ¿Iba a escuchar otra vez la versión que ya conocía o creía conocer? ¿O iba a decirme que todo había sido cosa de mi imaginación?

Lo que creía saber me parecía tan absurdo que a veces, en mis noches de insomnio, dudaba hasta de mí misma. Me había enamorado de un demonio robasueños. Colin. Colin Jeremiah Blackburn. Nunca había tenido buena mano para elegir pareja. Pero un robasueños... ¡Basta!

Apyé la frente en el cristal helado e intenté recapitular lo que había pasado durante el verano. Vale, ahí estaba Colin. Colin, que no podía enamorarse ni ser feliz porque apareció Tessa, la diabólica robasueños que lo había engendrado. Y apareció por mi culpa. Él luchó por mí, pero no pudo vencer. Lo llevé a la clínica de papá porque allí estaba seguro. Seguro pero enfermo de hambre. Y luego simplemente se marchó.

Bueno, sí, papá también era medio demonio, no podía olvidarlo. Y como quería sacar algo bueno de la maldad, se propuso salvar también el mundo.

Sacudí ligeramente la cabeza. Lo único que me parecía verdadero en todo aquel asunto era mi amor por Colin. El resto se había vuelto cada vez más irreal con el paso de las semanas y los meses. Hasta el día en que empecé a dudar de haberlo vivido.

Pues no existía ninguna prueba real. Vale, yo tenía en la pierna una cicatriz que habría sido un honor para el monstruo de Frankenstein. Pero en el informe médico ponía: ataque de un jabalí. Cazando. Y eso era lo que había sido... si se prescindía del insignificante detalle de que justo a mi lado dos demonios estaban luchando a vida o muerte y el demonio masculino le había partido el cuello al femenino tres o cuatro veces. Todavía me despertaba a veces el ruido seco con el que los huesos rotos de Tessa volvían a recomponerse, solo interrumpido por su gemido de satisfacción cuando las vértebras encajaron en su posición correcta. Pero mi cicatriz procedía de un jabalí furioso.

También Míster X era solo un indicio, no una prueba. Colin no me lo había dado personalmente. El gato había llegado a mí antes de decidir finalmente quedarse. Pero desde la desaparición de Colin ya tenía poco de místico. Dos veces al día dejaba en el cajón de arena dos choricitos bestialmente apestosos y después, escarbando con fuerza, trataba de hacer una copia del castillo de Neuschwanstein. Sin éxito. Se comía su pienso para gatos haciendo ruidos como cualquier mascota normal, dejaba que las chicas le rascaran detrás de las orejas y se cobijaba bajo todas las alfombras y mantas de esta casa demasiado grande. No, Míster X no contaba a pesar de que su presencia peluda y oscura siempre fuera un consuelo.

Tal vez Tillmann hubiera sido una especie de prueba. Al fin y al cabo superamos esa aventura juntos. Él había visto a Tessa, incluso estuvo a punto de ser atacado por ella. Él me condujo hasta el bosque, hacia la lucha, aunque no la presencié. Eso me quedó reservado a mí, una experiencia a la que no me habría importado renunciar. Solo yo conocía la sanguinaria fuerza que Tessa poseía. Además de Colin. Colin también la conocía, pero ahora estaba vagando por los mares del mundo.

Sí, Tillmann podría haberme ayudado a distinguir entre sueño y realidad. Pero prefirió hacer como si solo nos conociéramos de vista. Aún peor: desde hacía unas semanas ya no iba a nuestro colegio. La última vez que lo vi fue antes de Navidades. Nos encontramos en el recreo, cerca de los contenedores de basura, en el mismo sitio en el que a principios del verano yo lo había sacado de apuros.

—Hola, Ellie —dijo, para luego seguir andando sin mirarme. Me saludó; no podía reprocharle que me ignorara. Pero mis intentos de hablar con él sobre lo que nos unía —el encuentro con Tessa— siempre fracasaban de forma estrepitosa. Él lo evitaba. Por qué, no lo sé. Y cuando habían transcurrido ya varias semanas desde la huida de Colín tuve claro que en realidad Tillmann y yo no nos conocíamos. Habíamos superado juntos situaciones extremas. Pero eso no bastaba para poder hablar de amistad. Eso era justo lo que ahora él me demostraba: nos conocíamos de vista. Nada más.

Desde que había comenzado el año nuevo ni siquiera sabía dónde estaba. No me atreví a preguntárselo al señor Schütz, que había resultado ser su padre. Me parecía un tanto penoso preguntarle a mi profesor de biología por su hijo. Además, ellos apenas tenían contacto. Posiblemente solo conseguiría abrir viejas heridas.

No, no había ninguna prueba... aparte de dos notitas y las dos cartas que Colín me había escrito. Cuatro hojas de papel que poco antes de su marcha yo había guardado en una pequeña caja metálica. Puse la caja en mi armario y la empujé hacia el fondo hasta que ya no podía verla. Pues estaba segura de que no podría soportar leer sus líneas. Quería esperar a que mi corazón no se sintiera tan maltratado y todas las heridas empezaran a curarse. Pero no se curaban. Solo cicatrizaban, y bastaba un simple cambio de ánimo para que se abrieran y volvieran a sangrar.

Y ahora... ahora temía que no hubiera ninguna caja en mi armario. Que esas cartas solo hubieran sido una alucinación de aquel extraño verano.

Posiblemente una conversación sincera con mi madre me aportara las mejores pruebas que podía encontrar. Porque mamá no se imaginaba nada. De eso estaba segura. A pesar de todo yo me resistía, pues había dos explicaciones, igual de probables las dos: por un

lado, en nuestra conversación yo podía descubrir que Colin no había existido, que no era un cambion, sino como mucho un psicópata, que Tessa había sido una pesadilla y que yo estaba a punto de perder la razón. Pero la otra versión tampoco me animaba mucho. Significaba que todo ese lío de demonios robasueños era real, que Tessa existía y papá había desaparecido por su culpa. No, no por su culpa. Sino por la mía. Porque me había enfrentado a mis padres para ver a Colin a pesar de que me lo habían prohibido y, al hacerlo, había atraído a Tessa..., con lo que papá se había visto obligado a traicionarla. Le había avisado a Colin de que ella se había puesto en camino.

Yo y nadie más que yo había provocado todo aquello. No podía soportar la idea de esa culpabilidad, ni la de que mi verano con Colin había sido solo un delirio. Ni siquiera mi amor por él era una prueba. Ya me había enamorado antes de Grischa, y eso que ni siquiera existía. Había un chico con ese nombre en nuestro colegio, eso sí. Pero no tenía nada o casi nada que ver con el chico que aparecía en mis ensoñaciones. A pesar de todo lo amaba. Me veía capaz de haberme enamorado por segunda vez de un fantasma. Se me daba bastante bien.

—Está bien, no quieres hablar. Pero yo voy a hacer algo. —La serena voz de mamá me apartó de mis destructivas reflexiones.

—¿Y se puede saber qué vas a hacer? —gruñí.

—Si te digo la verdad, todo esto me da igual. Lo importante es que no me voy a quedar aquí sentada sin hacer nada. Es lo que siempre he odiado de este asunto y lo sigo odiando. Mañana iré a la policía.

—La policía... —Solté una risa seca.

Mamá se volvió hacia mí sorprendentemente despacio. Estaba sentada en el borde de mi cama, bien despierta y con el cuerpo girado, mirándome con atención. Sus almendrados ojos verde castaño brillaban ligeramente en la penumbra. Parecía haber descansado bien. Nunca la había visto tan tranquila y un súbito impulso me llevó a reprochárselo. A culparla de haber dormido mientras nos preguntábamos si papá seguiría vivo. Pero me tragué mi enfado. Mamá nunca había dormido bien porque en el fondo temía que

papá pudiera robarle sus sueños. Nunca me lo había dicho, pero yo lo sabía. Y ahora era normal que su cuerpo recuperara lo que le había sido negado noche tras noche durante dieciocho años.

—Sí, la policía. Lo mismo ha tenido un accidente y se han perdido todos sus papeles y ahora está en algún hospital italiano esperando a que alguien pregunte por él.

Me estremecí y la sangre se me acumuló en la cara. ¿Hospital? ¿Accidente? Sonaba demasiado normal. Alarmanamente normal. ¿Sería verdad que yo lo había soñado todo?

—O podría ser —mamá se aclaró la voz, y de pronto yo también tuve la sensación de no poder hablar ni respirar— que en venganza *ellos* lo hayan secuestrado.

—Ellos —repetí con voz ronca. Mamá asintió.

—Pero tenemos que aclarar todo lo demás antes de hacer algo. Y te pido que me apoyes. Somos dos, Ellie. No me hagas hablar sola con la policía.

Mamá seguía estando serena, pero por primera vez oí el miedo en su voz. Me aparté de la ventana y me senté en la cabecera de mi cama a una prudente distancia de ella. No quería que se le ocurriera abrazarme. Cualquier contacto habría sido excesivo. Sentía un cosquilleo tenso en la piel y las tensas fibras de mi corazón a punto de desgarrarse.

—Elisabeth —dijo mamá con suavidad—. Te he dejado hacer el bachillerato con tranquilidad. No quería agobiarte. Has estado varias veces enferma antes de Navidad y estoy muy orgullosa de que a pesar de todo hayas podido estudiar para los exámenes finales. Pero tenemos que actuar. ¿Lo entiendes?

Yo asentí, incapaz de contestar. Estaba claro. Oficialmente contábamos ya con que a papá le había ocurrido algo. Solo era cuestión de tiempo que alguien asegurara que había sido por mi culpa. Hasta mamá afirmaba... La observé fugazmente. No pude descubrir ningún llamado reproche en su mirada. Pero dentro de mí hervían a borbotones.

En una cosa sí tenía razón: éramos dos. Mi hermano Paul hacía tiempo que había puesto punto final y había decidido que toda esa historia de su padre era una tontería y el síntoma de una enfermedad mental incipiente. No lo creía. Según él, papá se había largado.

Solo quedábamos mamá y yo. Mamá conocía las cicatrices de la espalda de papá y había notado su transformación mejor que nadie. Había visto cómo un hombre se convertía en un mediasangre.

Pero yo, yo había dormido en los brazos de un cambion y mis labios habían rozado su fría piel. Había escuchado el extraño sonido de su cuerpo, me había perdido en sus recuerdos y había dejado que besara las lágrimas de mis mejillas..., no, que se alimentara de ellas.

Lo había seguido hasta la lucha y había visto cómo intentaba vencer a un demonio que era terriblemente más fuerte y malvado de lo que jamás había creído posible. Y ese demonio era su propia madre.

Solo yo sabía lo que la decisión de mamá significaba realmente.



YO SOY COMO EL MAR.  
ME ALZARÉ POR ENCIMA DE TI  
Y TE ENVOLVERÉ CUANDO TODOS  
LOS PUENTES ESTÉN ROTOS.  
VEN CONMIGO AL MUNDO DEL AGUA.  
AQUÍ NO HAY NADIE MÁS,  
SOLO NOSOTROS.  
ESTAREMOS MUY UNIDOS.  
Y NI SIQUIERA EN TUS SUEÑOS  
MÁS PROFUNDOS TE SOLTARÉ.

**ANAYA**  
www.anayainfantilijjuvenil.com

1578203

ISBN 978-84-678-6117-4



9 788467 1861174

